

Fe en Cristo y humanismo *

Jorge Mario Bergoglio, SJ

Papa Francisco

Recibido: 3 de diciembre de 2015

Aceptado: 9 de diciembre de 2015

RESUMEN: Ha pasado la friolera de treinta años cuando el entonces Jorge Mario Bergoglio, el ahora papa Francisco, impartió un discurso inaugural y un saludo final dirigidos a los participantes del Congreso Internacional de Teología (Buenos Aires, 1985) cuyo tema versaba en la evangelización de las culturas y la inculturación del Evangelio. En forma de artículo, se exponen, aquí, sus reflexiones en torno a la relación entre cultura y fe, culturas y evangelización y Evangelio y culturas.

PALABRAS CLAVE: culturas, culturas, Evangelio, evangelización, inculturación, relación fe - cultura, santidad.

Cuando Su Santidad Juan Pablo II, en su alocución a la Comunidad Universitaria de Lovaina, exhortaba a «desarrollar una pastoral

de la inteligencia»¹, proclamaba una verdad que fundamenta las reflexiones que hoy se inician en esta Casa de Estudios: «La fe y cul-

* El artículo reproduce parcialmente dos textos del actual papa Francisco; entonces, Jorge Mario Bergoglio, SJ. Los documentos conciernen al discurso inaugural y al saludo final dirigidos al Congreso Internacional de Teología, rotulado como “Evangelización de la cultura e inculturación del Evangelio”, preparado por él mismo e impartido en la Facultad de Teología de la Compañía de Jesús de San Miguel (Argentina) del 2 al 6 de septiembre de 1985. Este congreso se enmarcó en el contexto del cuarto centenario (1585-1985) de la llegada de los jesuitas en Argentina y en el cual participaron teólogos de América, Europa, Asia y África. Los textos fueron publicados en: *Evangelización de la cultura e inculturación del evangelio*, Guadalupe, Buenos Aires 1988. Por otra parte, la estructura del artículo y los epígrafes corresponden a la versión italiana publicada en: “Fede in Cristo e umanesimo. Riflessione di J. M. Bergoglio”, en *Civiltà Cattolica* 3970 (2015), 311-316.

¹ El discurso en italiano y en neerlandés: JUAN PABLO II, *Incontro con la comunità universitaria di Lovaino*, 20 de mayo de 1985. Aquí, n. 7.

tura proceden, tanto la una como la otra, de la infinita riqueza del Verbo divino que es, a la vez, razón y sentido, fuente y plenitud»². El Verbo, fuente de la fe, de esa fe que tiende, por naturaleza, a hacer crecer nuestra vida humana hacia su plenitud. El Verbo, plenitud también de la cultura porque en cada cultura, en lo mejor de ella, hay una expresión de ese Verbo, encarnada de un modo particular.

Sobre esta base, el Santo Padre sigue explicitando su pensamiento, y dice que «la intuición que me ha llevado a crear el Pontificio Consejo para la Cultura es: la fe es fuente de cultura, y la cultura es expansión de la fe»³. Y esto porque «la fe tiende por naturaleza a hacer crecer nuestra la vida humana [...] Es una forma eminente del humanismo»⁴. «Cada cultura, lo mejor de ella, es expresión de la riqueza del Evangelio»⁵. «Cada hombre, cada pueblo, está llamado a responder al amor del Señor, con sus propias cualidades, sus propios talentos, sus propias posibilidades específicas. De esta manera, nuestra cultura personal y de nuestro pueblo expresa la universal vocación cristiana, encarnada según las modalidades individuales»⁶. Finalmente, el Papa invita a la:

«Simbiosis llena de vida y fecunda entre la fe y la cultura. No es una abstracción muerta sino una existencia plena y desbordante de vitalidad, en donde el misterio de la fe está en el corazón de la vida cotidiana, de la investigación, de la enseñanza, del trabajo y de la gozosa convivencia fraterna [de los hombres y los pueblos]»⁷.

Las culturas: lugar privilegiado de mediación entre el Evangelio y los hombres

Enumerados simplemente estos corolarios, quiero retomar, como encuadre inicial del tema que nos preocupa, este punto de partida y de llegada de toda fe y toda cultura que mencionaba el Papa: “la infinita riqueza del Verbo divino”, con la subsiguiente invitación: «Os invito a todos a una alianza renovada con la Sabiduría eterna, a un descubrimiento maravilloso del universo, que es inteligible, porque refleja una inteligencia y es la obra de un Amor»⁸. El Verbo divino es la Sabiduría; con esa Sabiduría hemos de hacer alianza renovada. Esto supone participar de ella en todos los niveles de su manifestación.

Son obras de la Sabiduría divina, propias del Verbo de Dios, Jesucristo, Sabiduría encarnada: re-

² *Ibid.*

³ *Ibid.*, n. 2.

⁴ *Ibid.*, n. 10.

⁵ *Ibid.*, n. 9.

⁶ *Ibid.*, n. 10.

⁷ *Ibid.*, n. 3.

⁸ *Ibid.*, n. 7.

velar los misterios de Dios, crear, restaurar y perfeccionar las criaturas⁹. Se pueden distinguir dos ámbitos privilegiados de manifestación. Por un lado, el Evangelio, que es revelación del designio salvífico de la Sabiduría de Dios, por medio de su Hijo, su imagen invisible. Revelación que salva restaurando y capitulando todas las cosas en Él. Por otro lado, las diversas culturas, fruto de la sabiduría de los pueblos, en su movimiento ascendente, son reflejo de la Sabiduría creadora y perfeccionadora de Dios.

Las culturas son el lugar donde la creación se hace autoconsciente en su grado más alto. Por ello llamamos cultura a lo mejor de los pueblos, a lo más bello de su arte, a lo más habilidoso de su técnica, a lo que permite a sus organizaciones políticas alcanzar el bien común, a su filosofía dar razón de su ser, y a sus religiones ligarse con lo trascendente por medio del "culto". Pero esta sabiduría del hombre que le lleva a juzgar y ordenar su vida desde la contemplación, no se da ni en abstracto, ni individualmente, ni instantáneamente; sino que es contemplación de lo que se ha trabajado en las manos, contemplación desde el corazón y la memoria de los pueblos, contemplación que se hace a través de la historia y en base al tiempo.

⁹ Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Scriptum super libros Sententiarum*, Prólogo.

Así como Cristo, Sabiduría encarnada, es el único Mediador entre Dios y los hombres, se podría decir que las culturas de los pueblos, en cuanto sabiduría, son lugar privilegiado de mediación entre el Evangelio y los hombres, por la garantía que da el ser fruto del trabajo colectivo a lo largo de la historia. Lo absoluto en su manera real y sabia de ordenar su vida cotidiana gustando valores trascendentes, un lugar adecuado donde encarnarse, una tierra fecunda por poder hacer crecer al hombre desde sí mismo, que es la manera de evangelizar, crear, restaurar y perfeccionar de Dios.

Al considerar que la fe y la cultura proceden de la infinita riqueza del Verbo divino, a la vez, razón y sentido, fuente y plenitud, estamos reivindicando para el encuentro de fe y cultura, en su doble aspecto de evangelización de la cultura y de inculturación del Evangelio, un momento sapiencial, esencialmente mediador, que es garantía tanto del origen (movimiento de creación) como de su plenitud y fin (movimiento de revelación). De esta manera, la Sabiduría creadora y plenificadora, por lo mismo que caminó entre nosotros, entra a tallar en el mismo proceso cognoscitivo y constituye –por su mismo ser mediador– un "momento" del acto cognoscitivo, momento que supone "encuentro", en este caso entre fe y cultura, momento fundamentalmente sapiencial.

El momento sapiencial en la relación Evangelio - cultura, que usa

el lenguaje de “evangelizar la cultura e inculturar el Evangelio”, responde al ser de la Sabiduría misma, cuyo acto principal es la contemplación: contemplación de Cristo en la fe, por el Evangelio y la Iglesia; contemplación de cada cultura.

La contemplación sapiencial de las culturas requiere, en primer lugar, contemplar las causas más altas y más profundas porque «*sapientis est altissimas causas considerare*»¹⁰. Requiere, en segundo lugar, contemplarlas en sus realizaciones y a través de ellas (contemplación en la acción, en la praxis). Porque en los gestos y en los valores culturales más sencillos se esconde la profunda sabiduría de los pueblos. En efecto, esta sabiduría lo ordena todo, hasta en los menores detalles, y sin embargo no aparece, pues es propio de Ella asignar el orden (*ordinatio*), pero no ejecutarlo, sino hacerlo realizar por los agentes inferiores proporcionados a lo concreto¹¹. La contemplación, como modo de conocer, es a lo que apunta el Documento de Puebla cuando habla del amor a los pueblos como punto de partida para conocerlos, «no sólo por vía científica, sino también por la connatural capacidad de comprensión afectiva»¹².

¹⁰ ID., *Summa contra Gentiles* I, 1 (es propio del sapiente considerar las causas últimas).

¹¹ Cf. ID., *Sententia Libri Ethicorum* VI, 7.

¹² *Documento de Puebla*, n. 397.

De la consideración del Verbo encarnado, siguiendo la invitación del Santo Padre, Juan Pablo II, a buscar una alianza renovada con la Sabiduría eterna, hemos pasado al “momento sapiencial” en el proceso del encuentro entre fe y cultura, en el cual la contemplación supone una connatural capacidad de comprensión del Evangelio de las culturas, que solo nos es dada por la amoroso Sabiduría.

Inculturación y santidad

Al respecto, Pedro Arrupe, Preósito general de la Compañía de Jesús, durante el Sínodo sobre la Evangelización, en el año 1974, pronunció la en aquel momento novedosa palabra “inculturación”. Él fue quien, con valentía de profeta; profeta que sabe releer la historia de los primeros misioneros jesuitas (Francisco Javier, Ricci, Valignano, Desiderii, De Nobili, Barzana, Roque González de Santa Cruz, José de Acosta, etc.), escribió a toda la Compañía, en el año 1978, una larga y densa carta sobre la inculturación. Él fue quien, inquieto ante realidades tan disímiles en lo que respecta a cultura en la India, emprendió la obra evangelizadora de crear casas de formación (filosofados y teologados), en lengua y cultura gujerati, hindi, tamil y mahrati. Él fue quien impulsó los estudios sobre el tema en la Universidad Gregoriana y apoyó todo intento de progresar en la comprensión de tan compleja problemática.

A este hombre, de cuya paternidad hemos vivido los jesuitas durante tantos años, me gusta recordarlo, cuando joven misionero en Japón, iba a escuchar, lápiz y papel en mano, las predicaciones de los bonzos, y descubrir en ellas la lógica del pensamiento del pueblo al que él había sido enviado, y luego usar esa lógica en su predicación evangélica.

La base de este esfuerzo es saber que en la evangelización de las culturas y en la inculturación del Evangelio es necesaria una santidad que no rehúye el conflicto y que vive los valores de la constancia y la paciencia. Sobre todo, la santidad supone no tener miedo al conflicto; supone *parresia* como dice san Pablo. Encarar al conflicto, no para enredarse en él, sino para superarlo sin eludirlo. Este coraje tiene un enemigo muy grande: el miedo. Miedo que, ante los extremismos de un signo u otro, puede llevarnos al peor extremismo que se puede llegar: el extremismo de centro, depotenciador de todo mensaje. La *parresia* es creativa y, por ello, no queda enredada en ningún extremismo. Por tanto, *parresia* apostólica es una de las características de la santidad que ha de actuar hoy en el campo de la cultura.

San Roque González de Santa Cruz decía en una carta dirigida a su provincial, el P. Diego de Torres:

«Puesto que vivo muriendo aquí, y temo perder el juicio, según

tengo la cabeza cansada y quebrada con la continua guerra que siempre tengo con tantos escrupulos y tanta soledad y melancolías: con todo, digo estar resuelto a estarme aquí aunque muera mil muertes y pierda mil juicios, que no serán para mí pérdidas, sino ganancias»¹³.

Y esta sería una segunda característica de la santidad que se nos pide, especialmente en la tarea de evangelizar las culturas e inculturar el Evangelio: constancia y paciencia, la otra cara del coraje, la *hypomonē*. Ese aguante apostólico de todos los días que nos acerca a la contemplación del sufrimiento y de la fiesta, del gozo y del dolor. Paciencia, constancia, aguante, que abre nuestro corazón en la participación con los hermanos a estos valores que sí nos van a dar un sentido creativo en nuestra pastoral de la cultura.

El coraje y la paciencia, la *parresia* y la *hypomonē*, siempre se dan en la cruz y suponen la fragua de la cruz. Es el mismo san Roque quien, al narrar las innumerables contradicciones y persecuciones con las que se encuentra en su labor apostólica, nos refiere a la cruz:

«Y lo que fue de mucha devoción es que los indios levantaron una cruz delante de la Iglesia, y ha-

¹³ Carta de san Roque González de Santa Cruz al P. Provincial, Diego de Torres, recogida por el P. Pedro Lozano.

biéndoles dicho la razón porque los cristianos la adoramos, nosotros y ellos la adoramos todos de rodillas, y aunque es la última que hay en estas partes, espero en nuestro Señor ha de ser principio de que se levanten otras muchas»¹⁴.

El signo de la cruz, de la cruz donde el Verbo llevó a cabo su obra de redención insertándose totalmente en nuestra naturaleza de hombres, en nuestra cultura, insertándose *indivise et inconfuse* (sin división y sin confusión). ■

¹⁴ Carta anual del P. Roque González de Santa Cruz al P. Provincial, Pedro de Oñate, en el año 1615.